

EXTRA



Hace algo más de un año, un grupo de 70 intelectuales reunidos en Venecia lanzaron un llamamiento ante el Parlamento Europeo sobre la necesidad de recuperar el espacio cultural del Viejo Continente. Su alegato se basaba en que Europa no debía limitarse a ser un simple Mercado Común, por importante que esto sea. Europa —decían— existe en el pensamiento, en la memoria, en la sensibilidad y en la imaginación de los intelectuales y artistas que pueblan su territorio, y es allí donde los derechos y las esperanzas colectivas han encontrado sus expresiones más originales y ejercido una de las mayores influencias sobre el mundo entero. Estos intelectuales pidieron, por consiguiente, la constitución de una asamblea cultural europea, y el aumento de la dotación cultural de la CEE al menos hasta un 1% de su presupuesto. Por segunda vez, este grupo de intelectuales, incrementado en sus efectivos, vuelve a reunirse, esta vez en

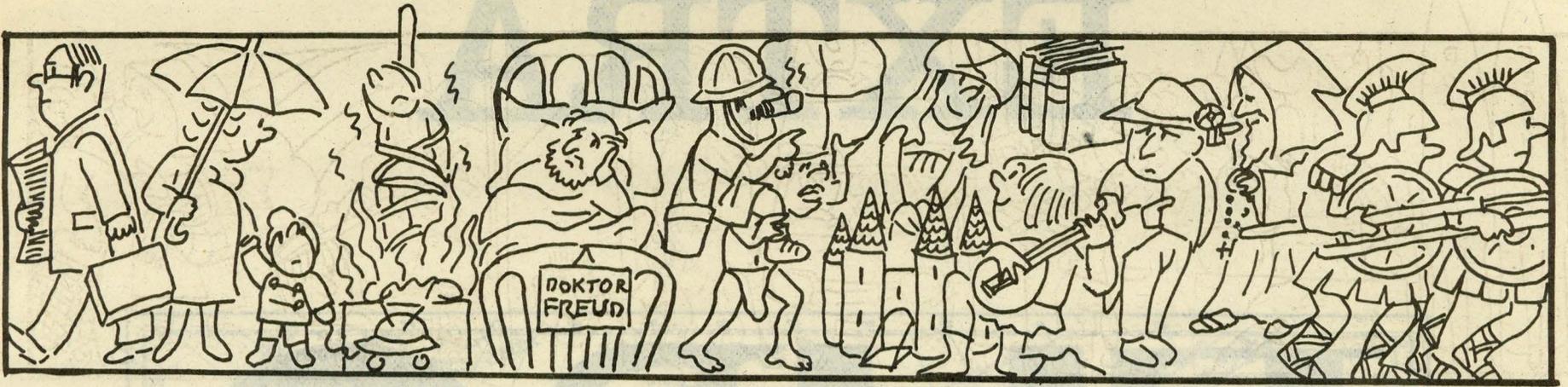
¿Por qué me siento europeo?

Madrid, y coincidiendo con la inminente entrada de España y Portugal en la Comunidad Económica Europea. Este segundo congreso sobre *El espacio cultural europeo* tiene lugar a partir de hoy en la capital de España, patrocinado a un tiempo por la CEE y su Parlamento, y organizado por la Comunidad Autónoma de Madrid y Maria Antonietta Machiochi. Escritores, artistas, pensadores, periodistas, músicos y políticos de todos los países miem-

bros y de otras procedencias del viejo y nuevo continentes se reúnen en torno a seis mesas redondas, que versarán sobre la presencia de Europa en España y Portugal, el papel de la ciencia, las artes en la industria cultural, los medios de comunicación, la misma idea de Europa y la situación actual entre la decadencia o un hipotético renacimiento. La cultura europea se halla actualmente parcelada, aislada por los mal utilizados proteccionismos nacionales,

sufriendo los embates de la revolución tecnológica y comunicacional, colonizada en gran medida y profundamente ignorada o menospreciada en sus respectivas colectividades. Hallar las ideas y los valores que rompan estos cercos, los métodos y procedimientos de desarrollo y potenciación de las obras y productos artísticos, es precisamente la misión que se ha fijado este segundo congreso, donde la presencia española será también importante. Ciertamente, el peso fundamental de los trabajos recaerá sobre los propios artistas e intelectuales procedentes de los países de la Comunidad, pero participan también gentes del este de Europa y del norte y sur del continente americano. Con este motivo, el lector encontrará en las páginas que siguen, las respuestas de 25 congresistas a la única pregunta: "¿Por qué me siento europeo?". Una manera de manifestar, desde distintas perspectivas, la vivencia de una identidad.

¿POR QUÉ ME SIENTO EUROPEO?



Jorge Luis Borges

Yo creo que la totalidad del mundo occidental y una buena parte del mundo oriental son una proyección de Europa. Creo que nosotros somos el reflejo de Europa, la prolongación de Europa, y que podemos ser un espejo, posiblemente magnífico, de Europa, puesto que Europa olvida generalmente que ella es Europa.

Muy pocos europeos son —como decía Nietzsche— buenos europeos. Por eso es por lo que hemos sufrido una de las más grandes calamidades de la historia universal, a saber: las dos guerras mundiales. Porque los europeos han olvidado que eran europeos y han creído ser solamente —y también gloriosamente, por supuesto— franceses, británicos, italianos, alemanes, austriacos, soviéticos, lo que ustedes quieran. Por eso hemos conocido esas dos calamidades, las dos guerras mundiales europeas, que para mí fueron de hecho dos guerras civiles, de lo que no se daban cuenta los combatientes porque cada uno razonaba en función de su patria. En cambio, nosotros aquí, en esta tierra argentina, lejana y olvidada, estamos en condiciones de percibir la unidad fundamental de Europa, lo que resulta más difícil allá lejos porque, bien entendido, cada país de Europa, sin olvidar a España, posee su propia tradición, y es natural que se delimite esa tradición. En cuanto a nosotros, nosotros poseemos nuestras tradiciones... y Europa es Europa toda entera, Europa es una. Esto se explica por unos hechos históricos muy simples. Nosotros éramos españoles. Resolvimos dejar de serlo en 1810. Estalló la guerra de independencia, esa guerra que generalmente se olvida y que fue larga y cruel. En esa época combatieron mis antepasados; en esa época, mi bisabuelo, el coronel Suárez, ganó la batalla de Junín. Tenía 27 años y obtuvo esa victoria para Perú; él era un soldado argentino. En resumen, decidimos dejar de ser españoles cuando lo éramos fundamentalmente...

Yo pienso que Europa es nuestro pasado y que debería ser nuestro presente. Es una pena que hoy las gentes aparten su mirada de Europa. A mi entender, es una tragedia para América del Sur. Y ahora, ¿adónde dirigimos nuestros ojos? Los dirigimos hacia un país que ha sido un gran país, como Estados Unidos —me basta con recordar a Emerson, me basta con recordar a Melville, Whitman, Edgar Allan Poe, Henry James...—. Estados Unidos ha sido un gran país, pero actualmente ya no lo es. Ha llegado a ser mucho menos: ya no es más que una gran potencia, lo que tiene su importancia en el plano político, pero eso es todo.

Ahora nosotros miramos en dirección a Estados Unidos o a la URSS, que también ha sido un gran país —por qué no recordar a Tolstoi o a Dostoievski; esos dos grandes nombres son suficientes—. Pero hoy se trata simplemente de dos grandes potencias, y es una pena que apartemos los ojos de Europa. Europa debe procurar que volvamos de nuevo a mirarla, porque somos fundamentalmente europeos...

Y luego, cuando yo hablo de Europa, no me refiero a una simple entidad geográfica; hablo de algo que para mí está vivo. Quiero decir con ello que tengo sangre española, sangre británica, sangre portuguesa, sangre judía y, de forma mucho más alejada —ello me remonta al siglo XIV—, sangre francesa, normanda para ser más preciso. Por muy raros que sean mis ascendientes franceses y por muy alejados que estén, yo tengo el orgullo de haber compuesto, por ejemplo, la *Chanson de Roland*, y creo que todo europeo debería enorgullecerse de haber compuesto la obra de Hölderlin, la de Racine, la de Shakespeare y, sobre todo, esa obra maestra de la literatura occidental que es —al lado de la Biblia, que es una obra oriental— la *Divina comedia*, de Dante. En otros términos, Europa es para mí algo vivo...

Creo que cometemos un error mirando en dirección a dos países que han llegado a ser esencialmente subalternos, como es el caso de la Unión Soviética y Estados Unidos. Deberíamos dirigir nuestros ojos hacia Europa porque nosotros somos unos europeos exiliados, y además exiliados lo suficientemente lejos como para tener la visión de Europa, porque en Europa *you can't see the woods for the trees*, como se dice en inglés, los árboles no dejan ver el bosque. Pero nosotros si estamos en condiciones de ver ese gran bosque, ese gran bosque secular que es Europa, y podemos percibir su unidad. A fin de cuentas, ¿qué significa pertenecer a un país? ¿Qué significa ser europeo, ser argentino? Es un acto de fe. Bien entendido, los europeos deben hacerlo también y acordarse de que es conveniente que sean, como lo quería Nietzsche, buenos europeos en lugar de contentarse con decirse "somos irlandeses, somos escoceses, somos noruegos..."

Jorge Luis Borges es escritor.



Vassili Vassilikos: "Me siento europeo porque estoy en contra de los imperios".

Ángel Pestaña

No me gusta mitificar lo europeo. Pienso que muchas veces lo europeo se ensalza en términos de casticismo, solera, abolengo o misión universal, como una compensación por nuestra situación relativamente marginal en lo económico y lo militar. No obstante, creo que esta misma marginalidad, unida al poso cultural dejado por las grandes experiencias históricas, puede situar a Europa en condiciones de explorar nuevas vías de convivencia universal si en lugar de competir en un terreno desfavorable y enormemente peligroso, como es la economía basada en las tecnologías punteras y sus inevitables aplicaciones militares, dedicamos nuestro ingenio y conocimientos a la búsqueda de nuevos resortes para sustentar una economía basada en la satisfacción de necesidades y no en la

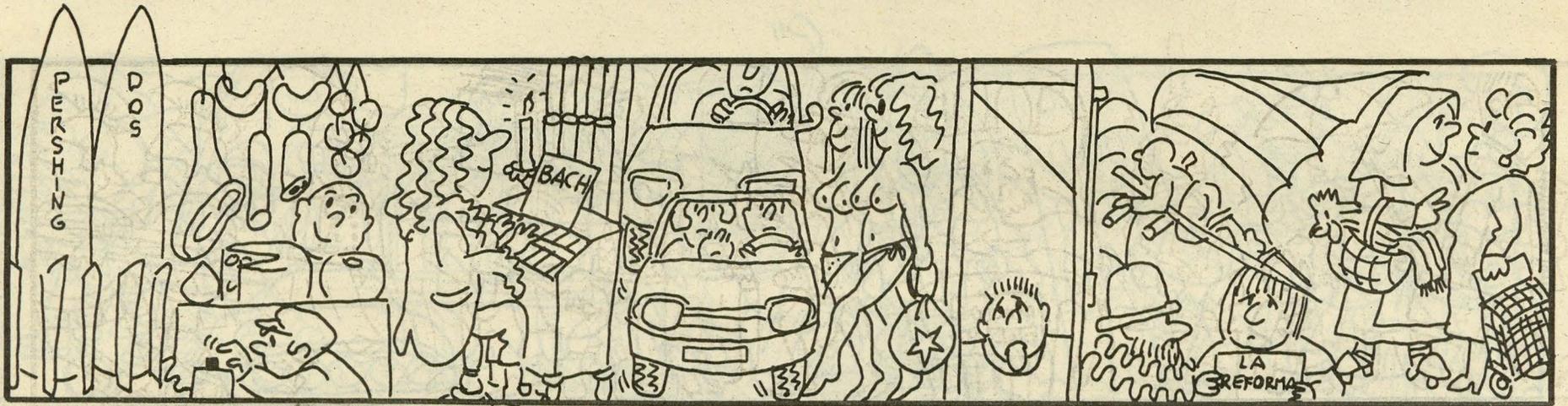
acumulación de riqueza y poder de destrucción. Este es el mensaje que Gabriel Jackson —un observador desde el otro lado del Atlántico— nos dirige días pasados desde las páginas de EL PAIS. Creo que en esa esperanza radica la principal razón para que pueda sentirme plenamente europeo.

Ángel Pestaña es director del Instituto de Patología Molecular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Tom Bottomore

Me siento europeo porque soy heredero de una tradición intelectual y cultural que va desde el Renacimiento, a través de la Ilustración, hasta el socialismo moderno. Mis ideas se han formado gracias a la obra de Marx, Weber y Durkheim, a la tradición liberal inglesa y a los pensadores europeos del siglo XX —los austromarxistas, la escuela de Frankfurt, los antropólogos estructurales franceses...—. Pero también a los novelistas, los poetas y los dramaturgos: Kafka, Thomas Mann, Musil, Proust, Sartre, Böll y los grandes escritores rusos. He vivido también durante algún tiempo en otros países europeos y, en consecuencia, considero a Europa como mi patria.

Tom Bottomore es profesor de Sociología en la universidad británica de Sussex.



Hamburgo. Una acera que discurre por otras grandes ciudades.

ANEL FERNANDEZ

Juan Luis Cebrián

Para los españoles de mi generación sentirse europeo es ante todo una actitud de la voluntad. Durante décadas Europa fue un reclamo para nuestra condición perdida de hombres civilizados: un horizonte de diálogo, de tolerancia, de democracia. La madurez nos ha enseñado la otra cara de la cuestión: un continente que es una Babel de lenguas y una acumulación de nacionalismos enfrentados. Pero el sentimiento de Europa como un proyecto posible en la conciencia colectiva de quienes la habitamos es precisamente el de la lucha contra tanta división interna, tanto chovinismo inútil, tanto provincianismo cultural como nos amenaza. De ninguna manera pienso que todo esto se deba o se pueda considerar como una nueva cruzada, pero tampoco como una simple

condición resultante de la ubicación geográfica de nuestros pobres cuerpos. Europa es también una historia y una cultura. Para España es además el relato de una ausencia. Todas estas cosas justifican sobradamente ese acto volitivo, ese querer ser Europa, que nuestras generaciones actuales ejecutan. O sea que me siento europeo porque lo quiero así, porque tengo ganas, me da la gana de serlo; pese a que tantas cosas a mi alrededor, de este y del otro lado de los Pirineos, me empujen al abandono.

Juan Luis Cebrián es director de EL PAIS.

Leda Vigliardi

Me siento europea porque para mí Europa es una opción vital. Europa se identifica con un estilo de vida y una cualidad de vida bastante diferente y diría que superior a todas las de las demás áreas del mundo.

La memoria histórica que le envuelve a uno en cada lugar da raíz y referencia también a quien no la tiene.

La especificidad y variedad de los productos de la tierra permiten una riqueza gastronómica inimitable.

Se identifica también con un microclima ideal en casi todos sus rincones, y como el centro mundial, hoy por hoy, de la libertad y de la cultura.

¡Si os parece poco...!

Leda Vigliardi es directora de la Escuela Georgiana de Cocina en Roma.

Robert Gregoire

Me siento europeo por las razones políticas cuyo valor reconocen la mayor parte de nuestros contemporáneos.

No me pararé a considerar, sin embargo, más que aquellas razones que tienen que ver con la cultura —que fue mi oficio y que sigue siendo mi pasión: la identidad cultural de Europa; el nuevo aspecto que toman los intercambios culturales; la eficacia al servicio de los trabajadores culturales.

¿Qué es exactamente la identidad cultural de Europa?

Todos los grandes movimientos artísticos, literarios y filosóficos que ha conocido Europa han sido movimientos europeos. Pero, en cada uno de ellos, cada creador ha dejado la marca de su país o de su región. Porque si ningún creador europeo es completamente distinto de los otros, ninguno es tampoco completamente semejante a los otros. Existe una constante que no desmienten las obras más modernas.

Tenemos, por una parte, las aportaciones originales de los diferentes países y de las diferentes regiones, y, por otra, los elementos culturales comunes que proceden de tantas afinidades, similitudes, semejanzas... Nuestros pueblos comparten un vasto conjunto de preocupaciones, de aspiraciones, de gustos, de ideas, de principios... Están unidos por una solidaridad de esencia cultural.

Tenemos la singular suerte de vivir en una época en la que las diferencias son consideradas como una riqueza objeto de intercambio y no ya como un motivo de enfrentamiento.

En lugar de contradecirse, la unidad y la diversidad cohabitan armoniosamente en una cultura europea reconciliada.

En cuanto a los intercambios culturales, habría que responder sin duda con mucha reserva a la pregunta de si en el pasado han cumplido la misión, que tradicionalmente les estaba asignada, de contribuir al establecimiento o a

la salvaguarda de la paz. Resulta obligado constatar que han experimentado trágicos fracasos. Desgraciadamente, no han impedido nada.

Lo que me interesa particularmente es que, en la Comunidad, los intercambios culturales se efectúan entre pueblos de los que se está absolutamente seguro que ya nunca más se harán la guerra.

Esta circunstancia eminentemente dichosa confiere a los intercambios culturales una muy rara pureza. Hemos pasado del estadio en que, de una manera negativa, estaban dirigidos contra un peligro (el de la guerra) al estadio en que, de una manera positiva, lo están hacia un progreso: el del conocimiento, la comprensión, la unión... De preventivos que eran, se han convertido en prospectivos: portadores de futuro.

La cultura puede ahora librarse de las manipulaciones que, durante demasiado tiempo, no le han sido escatimadas. Ya es posible mostrarla tal como es, sin desfigurarla o tergiversarla.

Y he aquí finalmente, para terminar, la eficacia al servicio de los trabajadores culturales.

Yo no creo en una especie de angelismo de la cultura, que evolucionaría en un mundo ideal en el que no podría esperarse nada de lo que sucede en el mundo real: ni para ayudarla ni para perjudicarla. Por el contrario, estoy persuadido de que está sólidamente encarnada en las mujeres y en los hombres que, día a día, la hacen al crear o al interpretar las obras del espíritu. De ello resulta que su desarrollo e, incluso, su mantenimiento puro y simple pasan, uno y otro, por el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores culturales.

Este mejoramiento sólo puede realizarse eficazmente en el marco de la Comunidad.

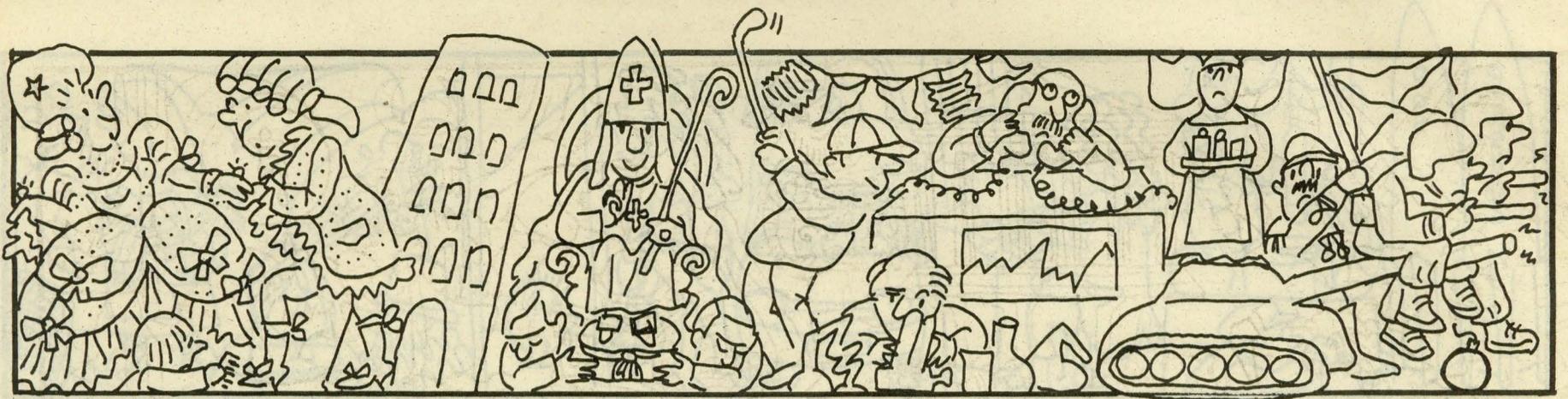
Me limitaré a un solo ejemplo: el de los derechos de los que viven —o deberían vivir...— la mayoría de los trabajadores culturales.

Con el cable y con el satélite, los bienes y las prestaciones culturales atraviesan fácilmente las fronteras nacionales.

En consecuencia, cualesquiera que sean los poderes de los Estados miembros y a pesar de la importancia del papel que todavía les toca jugar, la adaptación del derecho de autor y del derecho del intérprete a los cambios técnicos no encontrará una solución eficaz en el interior de un país determinado. Resultaría poco menos que vano dictar unas disposiciones —aunque sean excelentes— en un país y no hacerlo en otro... o dictar disposiciones en todas partes que divergieran de una a otra. Unas disposiciones discontinuas o inconexas apenas serían efectivas.

Robert Gregoire es ex director de la Comisión de las Comunidades Europeas.

¿POR QUÉ ME SIENTO EUROPEO?



Román Gubern

Más que genéricamente europeo, me siento concretamente europeo mediterráneo, que es algo bastante distinto del europeo báltico o del europeo danubiano. Es decir, me siento hermano de los italianos, griegos y yugoslavos, pero me siento primo hermano o primo segundo de los holandeses, alemanes y daneses.

Pues lo abstracto no debe aniquilar a lo concreto, ni lo general a lo local, que constituye su base y fundamento territorial y cultural.

Suele afirmarse que la identidad y la conciencia europea se asientan en tradiciones comunes, dentro de sus muchas diversidades locales, que han desembocado en un bloque de democracias industrializadas con conciencia de unidad supranacional.

Pero como todas las identidades están basadas en el principio de diferenciación del *otro*, para Europa el *otro* son el bloque de Estados Unidos de América (cuya cultura es bizneta nuestra, fecundada por un utilitarismo eficientista paroxístico), el bloque de las culturas asiáticas (cultura hindú-confuciano-budista, en la que Japón destaca como superlíder industrial y contrapeso de Estados Unidos) y el bloque islámico, que, gracias al petróleo, al peso demográfico y al Corán, tiene voz potente en el concierto mundial. Nos definimos europeos como contraste con estos grandes bloques etno-culturales diferenciados.

Otra cuestión es la de precisar con exactitud cuál es el contenido diferenciador.

Y en este punto se suele recurrir a la vaporosa fórmula del *humanismo*, que quiere decir tanto que no quiere decir casi nada. *Humanismo* es un concepto abstracto que se forja desde la Atenas de Pericles, pasando por la Florencia del Renacimiento y por el liberalismo político de la Revolución Francesa.

Algunos leen hoy la expresión *humanismo* como *liberalismo burgués*; otros, como *socialismo cristiano*, y otros, como *socialismo laico*.

Pero yo pediría que cuando se invoquen glorias del humanismo europeo no se olvide que en Europa nació también la Inquisición y que en Europa vivieron y murieron Galileo Galilei, Giordano Bruno y Miguel Servet.

Román Gubern es catedrático de Medios Audiovisuales en la universidad Autónoma de Barcelona.



La guerra de religiones convertida en una pacífica memoria.

Alfredo Fierro

La peculiaridad y el valor de la experiencia cultural europea, aquello por lo que puede merecer la pena vivirla y que puede servir de respuesta a la pregunta "¿por qué sentirse europeo?", reside, en suma, en constituir la experiencia de una convivencia pacífica, urbana, democrática, bajo una intensa regulación de la razón y con anchos espacios de ejercicio de unas libertades civiles protegidas, en unas condiciones de trabajo relativamente decorosas y con un tiempo de ocio que tiende a ampliarse y a emplearse cada vez más en el consumo y en actividades de cultura.

Queda el hecho de que la sociedad europea dista mucho de ser homogénea y no permite hablar de la experiencia cultural en ella cual si fuera única, cuando en realidad es muy discriminada y no sólo diferenciada. Iguales quizá ante la ley en cuanto a la protección de sus derechos básicos o igualmente beneficiados por el disfrute de la paz, no todos los europeos, en cambio, tienen igual acceso o idéntica oportunidad para vivir otros contenidos de la convivencia así descrita. Frente al "europeo típico" están "los otros europeos": los que viven y trabajan todavía hoy bajo una economía rural de mera subsistencia, los que están sin empleo, los que apenas han recibido la instrucción escolar elemental, los emigrantes, también los de la emigración interior, que malviven desarraigados fuera de su región de origen... Delante de ellos, la sola justificación posible, el único título de legitimidad, yace en la voluntad política y en el proyecto sociocultural de no retener los bienes sociales y culturales de esta

Europa al alcance sólo de alguna amplia minoría, o incluso mayoría, y de hacer real para todo habitante de estas tierras lo que hoy continúa siendo privilegio de muchos y no bien de todos.

Aun así, aun con esa voluntad de acabar con la discriminación y de ofrecer a todos los ciudadanos unas oportunidades equitativas, la cultura europea presenta todavía dificultades de legitimación por sus limitaciones mismas, que son la otra cara de la moneda de sus posibles valores: vida urbana, sí, con todos los alicientes de la ciudad, pero también vida en escisión respecto a la naturaleza, a sus ciclos, al resto de los vivientes no humanos, vida con pocas ocasiones para la soledad, casi siempre arrastrada y diluida en la muchedumbre; época de paz, de protección de libertades y de seguridad social, pero también de falta de riesgo y sorpresas, de escasa oportunidad para la aventura, para el heroísmo y aun para el drama, en un fluir y acontecer tedioso que lleva al aburguesamiento generalizado; convivencia altamente racionalizada, desde luego, mas al precio de haber dilapidado los símbolos, los mitos, la fantasía y hasta las emociones; trabajo más bien digno y ocio ampliado, pero permaneciendo bajo el imperio de un principio de productividad, de rendimiento, que nos sigue incapacitando para el disfrute inmediato de la vida como fiesta, como eros, como juego. Se com-

prende muy bien, pues, que este género de vida que típicamente depara Europa pueda resultar a muchos una vida no sólo tediosa, sino truncada, mutilada, en la que se paga un precio demasiado alto por la racionalidad, por los presuntos bienes de la civilización urbana e industrial y por los valores de la convivencia democrática.

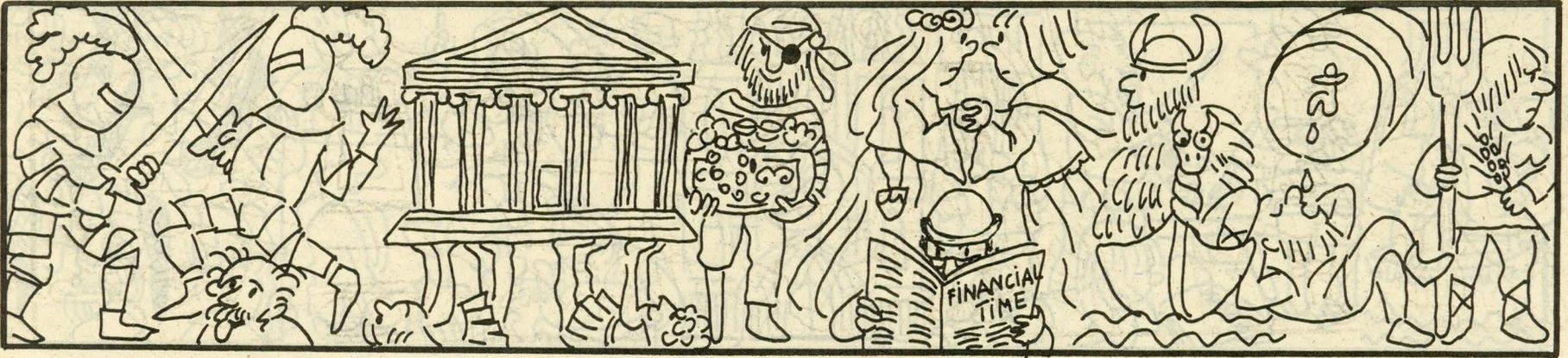
Seguramente, sin embargo, es una experiencia cultural no tanto truncada cuanto limitada, particular, igual que particulares y limitadas son las experiencias posibles en otros espacios culturales. Sentirse europeo es aceptar esa particularidad y asumir sus limitaciones, aunque sea sin pactar con ellas, antes bien desafiándolas en el desnudo quizá utópico por reconciliar el desarrollo tecnológico industrial con el elemental sentido de la fiesta, la experiencia de vivir en la ciudad con la inmersión en la vida de la naturaleza, el uso de la racionalidad con el ejercicio del deseo y de la fantasía, la seguridad social con la aventura, la libertad jurídica con la equidad social, la igualdad, a su vez, con el cultivo de la peculiaridad diferencial de cada uno. Pero, sin duda, existen otros mundos, otros universos de cultura, ya reales, ya realístamente imaginables. La legitimación del universo europeo está en contener atractivo suficiente, en ofrecer oportunidades de experiencia humana significativa en medida bastante como para poder sentirse a gusto en su seno y con buenas razones para permanecer en él, no para defender sus valores —lo que seguramente carece de sentido—, si para aprovechar sus posibilidades y también para dilatarlas hasta extremos que acaso por ahora apenas podemos sino sospechar.

Alfredo Fierro es profesor de Psicología de la Personalidad en la universidad de Salamanca.

Hans Christoph Buch

En primer lugar, porque Europa es mi patria material y espiritual, una casa habitada por muchas nacionalidades, y todavía más minorías nacionales, de la que Alemania —o mejor, los dos Estados alemanes— forma parte integrante. El infortunio de los alemanes, sus guerras y sus divisiones, fue durante mucho tiempo el infortunio de los europeos, cuya división sólo puede ser superada si se encuentra una solución política —y no militar— para la reunificación pacífica de las dos ciudades de Berlín, que están en el corazón del problema europeo. La Europa que yo deseo es una gran casa con muchas habitaciones, no separadas por muros, barrotes y alambradas, sino unidas por puertas, ventanas, escaleras y balcones, con una espléndida vista del mundo exterior; porque Europa es también la cuna del mundo norteamericano, latinoamericano, australiano e incluso afroasiático —una encrucijada de libertades y no un callejón sin salida—. Europa no es sólo el capitalismo, el colonialismo, el racismo, el dogmatismo y la Inquisición, sino también el renacimiento, la época de las luces y del espíritu crítico, que han trastornado todas las instituciones y sus convicciones ideológicas, inclusive las de la revolución. *Nothing tu be ashamed of!* (¡nada de lo que avergonzarse!).

Hans Christoph Buch es escritor.



CHEMA CONESA

Jiri Pechar: "Irse a vivir a otra parte no resuelve ser lo que se es".

Jacques Le Goff

Me siento europeo, en primer lugar, porque, como historiador de la Edad Media, estoy habituado a pensar en un espacio de cristiandad, y si mi propio espacio es más bien el de la cristiandad latina, me atrevo a decir que todavía no me he consolado del cisma de 1054. Estoy contento, pues, con Europa tal como es, pero no olvido que está ligada a una Europa más amplia y que siempre ha vivido a través de los intercambios internacionales, en particular con el mundo musulmán.

Me siento luego europeo porque esta noción surgida de la geografía antigua ha sido fuertemente sentida, no sólo en el Renacimiento, sino también durante los siglos siguientes, en el dominio de la Ciencia y de la Cultura.

En la actualidad soy europeo no sólo en virtud de esas tradicio-

nes, sino también de las necesidades del tiempo presente, en el que únicamente las potencias europeas unidas pueden representar, en todos los campos, una fuerza que se haga oír y respetar en el mundo.

Y, por último, creo que para el día de hoy, y para el de mañana, el proyecto de construcción europea es uno de los más exaltantes proyectos que se nos pueden ofrecer en estos tiempos de derrumbamiento de las ideologías.

Jacques Le Goff es director de Estudios de Ciencias Sociales en la Escuela de Altos Estudios de París. Codirector de la revista *Annales*.

Jean Pierre Faye

Ser europeo significa, ante todo, estar atento a la aparición de los grandes hechos de civilización. El hecho europeo me interesa en sumo grado porque es el dispositivo óptico más preciso que permite percibir todos los demás.

Lo que se expresa en el Discurso de Pericles, en Tucídides —“nuestra ciudad es la escuela del mundo”— puede entenderse también a partir del hecho ateniense: un lugar ha construido un analizador para los demás lugares. Este hecho decisivo se desplaza a través de Europa. Atraviesa Córdoba y Toledo, el París de la Montaña de Santa Genoveva, la Padua de Copérnico y de Galileo, el Copenhague de Tycho Brahe, el Leyde de Descartes y Espinoza, el Cambridge de Newton y de la filosofía natural, la Brujas de Van Eyck y la música franco-flamenca, el Berlín de Humboldt y Hegel, el Dublín de Swift, de Joyce y Schrödinger. La península de Sagres, proa portuguesa de Europa, es, por su parte, la rampa espacial o el cosmódromo de donde procede el espacio moderno de nuestra historia.

A partir de este dispositivo se ordena la red de puntos de referencia. En mi opinión, la gran duda de los pensadores japoneses, de Degen o Hakuin, está enlazada con la *Dubito* artesiana y la *opojé* de Montaigne y de Husserl por un punto de relevo preciso: el momento en que Pirrón llega a la India siguiendo a Alejandro y descubre a los *gimnosofistas* del *dhyāna* indio, punto de partida de los inmensos desarrollos de China y Japón. El tiempo de la historia india tiene precisamente como momento cero esa llegada de Alejandro a bordo del *Indus*. Nos es importante comprender por qué esos dos caminos de la duda india desembocaron, por una parte, en la Europa de la crítica y del desarrollo; por la otra, en el Japón del *shintō* y del subdesarrollo. Sólo a escala de Europa puede pensarse la cuestión de las condiciones de las formas de desarrollo: en sus aspectos occidentales u orientales.

En mi pensamiento puedo, durante un momento, sentirme mentalmente asiático, japonés o indio, o más próximo a veces de Chuang-Tse que de Augusto Comte o de Tomás de Aquino. En la historia real estoy apasionadamente atento al hecho de que la Montaña de Santa Genoveva fuera el lugar de trabajo y debate para unos pensadores de los que los más grandes, entre 1250 y 1310, fueron italianos, alemanes, españoles, ingleses o belgas; cuyo gran precursor fue un irlandés, Scot Erigene. Y a los que vino a suceder Dante al llegar a París para descubrir allí las secuelas del *averroísmo latino*, culminación hispano-árabe alrededor del Siger de

Brabant, el héroe del Canto X del *Paraíso*.

Por eso es por lo que la perspectiva en que me sitúo es lo que ha abierto y dibujado Hélène Arweiler. La apuesta a la que enteramente me dedico es la de hacer que algo de ese espacio común sea, por así decirlo, *restituido a Europa*, en dos puntos simbólicos: el paraje de la Montaña de Santa Genoveva, antiguo lugar del colegio de Navarra en los tiempos de François Rabelais, y el colegio de San Bernardo, fundado por iniciativa de un toscano, porque allí, decía, en el corazón de Europa, está “el crisol donde viene a fundirse el viento”. Con esta perspectiva hemos fundado la Universidad Filosófica Europea, punto de nueva densidad, bajo la égida de la Universidad de Europa, destinada a suscitar otras nuevas formas de sensibilización, en múltiples lugares del espacio europeo, comenzando por Florencia y Brujas.

Me siento europeo en el sentido en que lo afirma Edmund Husserl en *La crisis de las ciencias europeas*, durante el año negro de 1935: “Es en la brecha abierta en la filosofía, en el sentido en que todas las ciencias son co-inclusas, donde yo veo el primer fenómeno de Europa”. Europa mental, o espiritual, Europa del pensamiento en su *paradojicalidad*.

Percibo con mayor fuerza todavía ese *dar las cartas* europeo en una proposición de Emmanuel Levinas: “Es Europa la que ha inventado la idea de la *deseuropeización* —conquista de la generosidad europea—. Yo sólo acepto mi vasallaje al espacio de Europa y al pensamiento europeo en esa *inversión* fundamental de la mirada, inversión que ella ha hecho posible.

Sentirse europeo es, en ese caso, pensar esa deriva de los continentes que en un momento arrastra a la América latina e in-

dia casi entera; que trastorna la historia a partir de la mirada de África. De esa África a partir de la cual todo comienza, puesto que los egipcios, en el relato de Herodoto, son esos hombres de piel negra que *descienden* por el Nilo de abajo a arriba —y para la que crece el peligro de ver aumentar la distancia entre ella y el desarrollo económico.

Ser europeo es asumir esta responsabilidad de una historia que, a partir de la cabalgada helénica de Alejandro y de los descubrimientos marítimos programados por Enrique el Navegante, ha dado, y luego impuesto, su *tempo* propio al tiempo del universo. Es descentrar la mirada *nacional* a partir de una comunidad más amplia en la que circula el mismo campo de pensamiento —porque no es posible pensar Kant sin Rousseau, Hume y Descartes; pero qué sentido tiene reencontrar a Descartes y Pascal sin Platón y Galileo más atrás, Leibniz, Kant y Husserl; o Rousseau sin Hobbes y Espinoza; Rabelais sin Erasmo y Sebastien Brandt; Diderot sin Hegel; Nietzsche sin Baudelaire; Baudelaire y sus *Limbo* sin Dante. Pero ese descentramiento se desplaza hacia los continentes del Sur: África, la América india. Ya Chateaubriand pensaba en esas dos epopeyas que se miran desde los dos bordes de los océanos: la *Os Lusíadas* portuguesa y la *Araucaria* chilena. Uno de los momentos más emocionantes para el pensamiento fue el descubrimiento de la epopeya oral del imperio del Mali, que fuimos nosotros los primeros en publicar, hace 11 años, en la revista *Change*: la gesta de Sunjata de Jabaté, narrador inicial, grabada y descifrada por el poeta Massa Diabaté. Hay que oír, para hacer una escucha verdaderamente europea, el comienzo de ese *epos*: “El tenía el agua al cuello / y lloraba de sed. / ¿Puedes decirnos quién es ella?”.

Oír esto ayuda a encontrar la mirada europea sobre el mundo que viene.

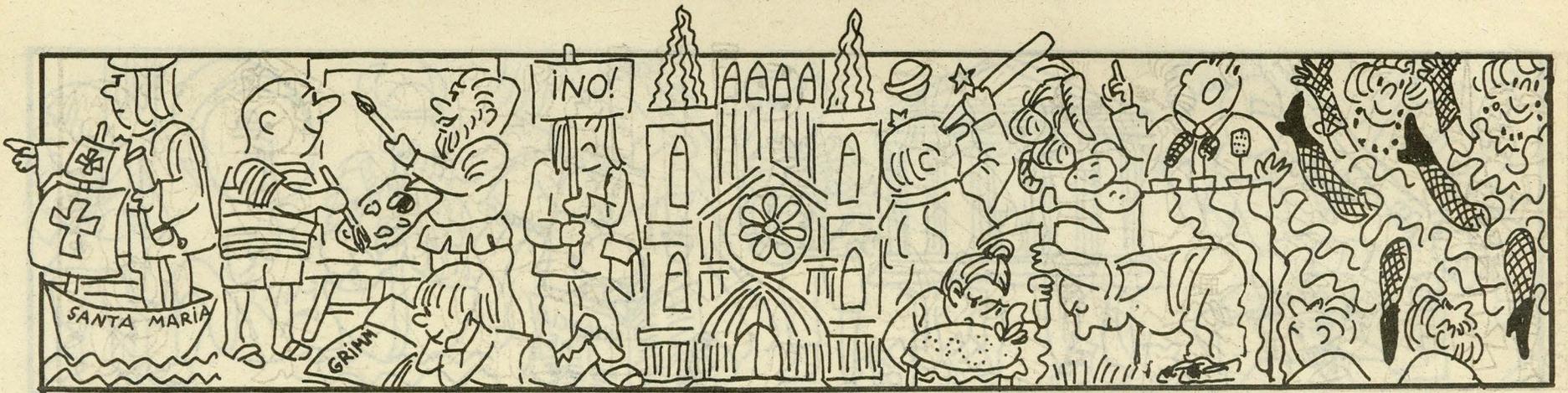
A mi juicio, ahí reside el sentido de la importancia del Congreso de Madrid.

Se celebra un siglo después de las proposiciones de Nietzsche de 1885: “Lo que me importa —porque es lo que veo prepararse lentamente y como con vacilación— es la Europa unida. Para todos los espíritus profundos y vastos del siglo, la tarea ha consistido en preparar esta nueva síntesis y anticipar, a título de ensayo, al europeo del futuro. Nosotros, otros *buenos europeos*, tenemos sobre nuestros contemporáneos la ventaja de... saber pensar de manera *extraeuropea*”.

Ser un *buen europeo* es dirigir esa mirada en sentido inverso —*extraeuropeo*—. Es mirar *hacia el Sur* en la actual deriva de los continentes.

Jean Pierre Faye es lingüista. Profesor del Collège de Philosophie.

¿POR QUÉ ME SIENTO EUROPEO?



José María González Ruiz

La razón fundamental por la que me siento europeo es la de haber participado, desde dentro, en un mismo proyecto histórico.

Ahora bien, a lo largo de los dos milenios y medio en que se ha ido cuajando la Europa actual el proyecto histórico ha sido tremendamente ambiguo. Por una parte, era divergente, ya que el pluralismo étnico, cultural e incluso genético ha formado parte de su estructura. Cuando Hitler se lanzó a la locura de la búsqueda de la raza pura —la raza aria—, no sabía que estaba luchando por la existencia de un fantasma. En Europa, el racismo está muy lejos de tener raíces biogenéticas o culturales.

Pero, por otra parte, el proyecto europeo no ha dejado nunca de ser convergente, no solamente en sentido positivo, sino en sentido negativo. Y me explico. Proyectos convergentes positivos ha habido muchos a lo largo de nuestra historia: la cultura y el *imperium* romanos, la cristiandad, el Renacimiento, la Ilustración, la modernidad. Por el contrario, las innumerables guerras *civiles* que han aislado Europa a lo largo de estos dos milenios y medio demuestran que en la búsqueda del proyecto común había divergencias muy profundas: romanos y bárbaros, cristianos y musulmanes, güelfos y gibelinos, papistas y conciliaristas, integristas y liberales, capitalistas y socialistas.

Sin embargo, quisiera reducirme a un aspecto importante de lo que podríamos llamar europeidad. Se trata de la *cristiandad*. Una definición sencilla de este fenómeno, que aparece tempranamente ya en el siglo IX, es la de presuponer que el cristianismo es un *totum* que puede dar respuestas concretas y técnicas a todas las preguntas y exigencias humanas. Y así se explica que el poder se presentara como cristiano y que todas las instituciones académicas, benéficas e incluso económicas se apellidaran cristianas. De aquí surgió la teoría de los dos poderes: el espiritual y el temporal. El primero lo detentaba el papa, mientras el segundo estaba en manos del emperador. Eso sí: el poder temporal estaba sometido al poder espiritual; así se explicaba la autoridad omnimoda de la que gozaba el papa en el ámbito de aquel Sacro Imperio.

Pero, como muy bien reconoce Agnès Rochefort-Turquin, esa cristiandad occidental que conoció su apogeo entre el siglo XI y el XV no debe ser considerada solamente, como frecuentemente lo es hoy, de forma negativa. Hay que reconocerle cualidades objetivas, como son su dinamismo, el proceso de unificación y de cohesión social, cultural, geográfico, que logró desplegar, su acción pacifica-

dora y, en fin, otra *cualidad*, tan contestable como las evocadas pero muy real, una cristianización eficaz del número de personas concernidas.

Pero en cuanto sistema, cuya lógica interna es el totalitarismo, produjo también efectos perversos y las condiciones de su contestación. No fue por casualidad si el primer espacio irremediable fue el religioso. A la contestación de la Reforma la Iglesia respondió con la Contrarreforma, que fue el período más negro de la historia del catolicismo.

Últimamente los españoles, que hemos ido a la zaga del resto de Europa, después de haber gustado minoritariamente las mieles de la Ilustración a través de minorías exquisitas, capitaneadas en el siglo XVII por el fraile benedictino Benito Jerónimo Feijoo, dimos un pavoroso salto atrás después de la pavorosa guerra civil de 1936-1939. Esa resurrección de la anacrónica cristiandad en nuestro país ha sido denominada unánimemente *nacionalcatolicismo*. Sus efectos han sido deletéreos en todos los sentidos, aunque hay que reconocer que una buena parte de la misma Iglesia católica contribuyó a su disolución por medio de una teología pluralista y de una praxis de reconciliación y de convergencia. A esto se añadió el fenómeno inesperado del Concilio Vaticano II, en el cual se celebró el solemne funeral por la vieja cristiandad, cuando a la vieja definición eclesial de *societas perfecta* sucedió la de *pueblo de Dios*, disperso en medio de la sociedad secular.

Es verdad que actualmente nos encontramos en un momento de riesgo involucionista y restauracionista, pero los pasos dados han sido tan fuertes y seguros que difícilmente volveremos completamente atrás.

Sin embargo, no hay que cantar victoria. Se ha dicho que toda cara tiene su cruz. La cruz de la cristiandad es la modernidad. Ésta se caracteriza por la afirmación de la libre conciencia, de los derechos del hombre y del ciudadano, de la democracia y de la laicidad, de la separación de las iglesias y del Estado, y por otro sistema económico basado en la libre circulación de los bienes y de las

ideas, la producción industrial, la preponderancia de la moneda y del capital, la consumación de masa y el reagrupamiento de la población en aglomeraciones urbanas. Todas estas características, aunque realizadas a través de varios siglos, las proponemos aquí de bulto como los rasgos de nuestras sociedades occidentales. Todo esto constituye lo que podríamos llamar la modernidad.

Esta modernidad no puede quitarse de encima su condición histórica de ser la *cruz* de la *cara* de la cristiandad, y, como tal, asume de ella, a la inversa, muchos de sus defectos. Porque la evolución de las sociedades occidentales, o más precisamente europeas, que se ha hecho en reacción a la cristiandad, se ha hecho también, por encadenamiento de consecuencias, contra la Iglesia, contra el cristianismo, y más globalmente contra la religión y, finalmente, contra la idea de Dios.

Así pues, una modernidad que asume todos los defectos *totalitarios* de la cristiandad, a la que sucede, no nos resuelve mucho en nuestro camino hacia una Europa realmente plural y unida. Por ejemplo, en la misma España, después de la caída de la dictadura franquista, la Iglesia católica ha sentido una especie de complejo de inferioridad, impulsado por los reproches que le dirigen sus adversarios ideológicos, recordándole sus indudables fallos en la época del franquismo. Con esto sólo se consigue un simple relevo. Si antiguamente la Iglesia y sus dirigentes podían fácilmente censurar las ideas de los que no comulgaban con su credo, hoy los contrarios pueden poner fuera de circulación a un obispo, a un clérigo porque se atreva a expresar su opinión sobre un problema político o simplemente público. Con esto se llega a coincidir con la postura de los Gobiernos de los países del socialismo real que imponen a las iglesias que hagan propaganda de su credo y solamente toleran la celebración de los cultos en los templos y un tipo de predicación etérea y anodina, siempre de acuerdo con los dictados del poder civil.

La Europa que soñamos ha de ser absolutamente libre en todos los sentidos. Y, siguiendo nuestra tradición, hemos de estar atentos a recuperar nuestro espíritu de discernimiento frente a tanto raptó ideológico producido por los poderosos medios de comunicación que nos vienen de más allá del Atlántico y del Pacífico. Y no es que pretendamos volver a un idílico paraíso terrenal falsamente ecológico, sino simplemente salimos por los fueros de nuestra libertad de pensamiento frente a los conatos que hoy, como en los tiempos míticos, se hicieron para realizar con eficacia el fabuloso crimen del rapto de Europa.

José María González Ruiz es teólogo.



La vida con el presente en el espacio de un inseparable pasado.

Antonín J. Liehm

Podría responder de manera muy simple:

Porque soy de Praga. Pero voy a contarles cómo me he dado cuenta de ello una vez más, y de verdad.

En 1970, mi mujer y yo partimos hacia Estados Unidos, donde yo daba clases en la Universidad. Durante algunos años no nos he-

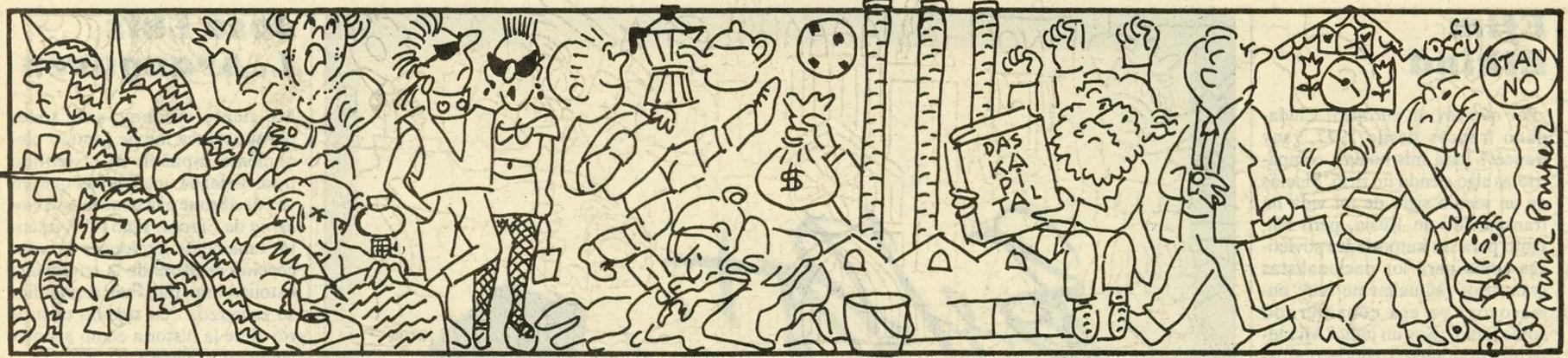
mos movido de allí por carecer de la documentación necesaria para viajar. Y luego hemos comenzado a pasar el verano en Europa. Una vez en Francia, otra en Inglaterra, o bien en Alemania o en Italia, etcétera, en general con nuestros amigos de esos diferentes países o en casa de los mismos.

Un día me di cuenta de que a la pregunta de los amigos estadounidenses: ¿dónde va a pasar usted el verano?, respondíamos, sin ponernos de acuerdo, sin reflexionar e incluso sin darnos cuenta de la importancia de esta respuesta: "Vamos a casa".

¿Por qué? Ha sido en Estados Unidos donde definitivamente he comprendido que, por ejemplo, Londres se encuentra más cerca de Praga que Nueva York.

Y, por consiguiente, he comprendido lo que es Europa, lo que es sentirse europeo.

A. J. Liehm es escritor checo. Director de la revista *Letres Nouvelles*.



Cada nación posee el distintivo de un puesto de comestibles.

Miquel de Moragas

Europa fue para mi generación (la de posguerra) el espacio posible de nuestra libertad.

Ir hacia ella, desde el franquismo, era entonces el reencuentro con la libertad, pero también era huir. Hoy, para nosotros mismos, Europa es un sueño en el que ya podemos complacernos, sin vernos acosados por la mala conciencia de nuestro propio compromiso.

Pero este sueño es efímero. Europa es un espacio de libertad, de democracia para la participación, pero también es un espacio de contradicciones.

Nos sentimos europeos porque nacemos y hemos visto morir a nuestros padres en una cultura común, con una estructura propia de conocimientos.

Cuando tenemos la oportunidad de establecer contacto con otras culturas —yo tuve esta oportunidad con las culturas indígenas latinoamericanas— comprendemos fácilmente este rasgo común y profundo, que cada uno encuentra en una parcela definida de su propia experiencia cultural o estética: unos en la arquitectura, otros en la música, otros en la literatura, algunos privilegiados en la confluencia de dos o varios de estos campos culturales.

En mi caso esta experiencia la constituye, sin duda, la filosofía: los griegos, nuestra propia crisis con la filosofía de la Edad Media, el racionalismo, la formación marxista, el existencialismo, la lógica formal de la Escuela de Viena, las falsas esperanzas del estructuralismo, la crisis actual, todo conforma una visión común, en este sentido europea, del mundo.

Pero lo que ahora se nos propone es algo distinto: la organización administrativa de Europa.

Europa no es, únicamente, una confluencia cultural, sino una compleja interrelación de factores, entre los que aparecen como decisivos y dominantes los factores económicos y militares.

Entonces me siento europeo, a veces sí, a veces no.

Me siento europeo cuando encuentro en la colaboración europea un espacio de resistencia

cultural al imperialismo norteamericano.

No me siento europeo cuando Europa se convierte en mercado donde la lógica comercial impone su ley a la lógica cultural.

Me siento europeo cuando Europa permite una lógica abierta a la cultura de los pueblos y rompe con las tendencias fascistas, estéticas o políticas, de los nacionalismos radicales que sólo saben definirse por inclusión.

No me siento europeo cuando la unidad europea refuerza los centralismos, ignora a los pueblos y acepta como únicos interlocutores a las instancias administrativas de los Estados. Entonces Europa no es "comunidad", sino nuevo marco de dominación para los pueblos.

Me siento europeo cuando advierto las posibilidades del viejo continente para romper con un mundo dividido y dirigido por bloques. Europa, así, es una referencia de libertad universal.

No me siento europeo cuando el desarrollo tecnológico se orienta hacia la creación de un abismo Norte-Sur. Cuando serlo significa constituirse en potencia insolidaria, que suma esfuerzos para desplazar y perpetuar el subdesarrollo en el Tercer Mundo.

Miquel de Moragas es catedrático de Teoría de la Comunicación en la facultad de Ciencias de la Información de la universidad de Barcelona.

Arnold Wesker

Porque mi madre nació en Transilvania. Porque mi padre nació en Ucrania. Porque yo nací en Londres. Porque mis padres fueron judíos y yo soy judío. Porque la literatura, la música y el pensamiento europeo me han formado a mí como persona y como escritor.

Arnold Wesker es dramaturgo y director teatral.

F. Mayor Zaragoza

"Porque como catalán y español sé que la solución a los nuevos problemas que enfrenta el mundo requieren la aportación de la fuerza creadora europea, la orientación intelectual del Viejo Continente, que hoy más que nunca es fundamental para el mantenimiento de la identidad cultural y el fortalecimiento de la independencia de los pueblos".

Federico Mayor Zaragoza es bioquímico, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid.

Vittorio Strada

Me siento europeo porque soy cristiano; me siento europeo porque soy laico; porque soy fiel a la razón y a la imaginación; porque he sido educado en el universo del saber científico y en la crítica del saber científico; porque defendiendo los valores de la democracia y su plena realización en el socialismo; porque mi patria es una civilización que admite en su seno su propia negación y se abre al diálogo con las demás civilizaciones; porque Europa es la excepción que se ha hecho norma, la tierra de la ortodoxia y de la herejía, la inventora del consenso y de la disensión; porque es la tierra que ha sabido oponer, a los venenos del totalitarismo, nacidos de su propio organismo, el antídoto de una ininterrumpida lucha por la liberación; porque en ella crecen la fe y la duda, la esperanza y la lucidez, el amor por el prójimo y el amor de sí mismo.

Me siento europeo porque en esta tierra lo divino está presente y ausente y no tiene la constancia de una posesión. Me siento europeo porque Europa es la síntesis de muchas Europas. Me siento europeo porque espero que la Europa del mañana esté unida en su diversidad y en su libertad, entre las demás civilizaciones no antieuropeas, para continuar juntas la grande e inquieta aventura del hombre.

Vittorio Strada es profesor de Lenguas Es-lavas en la universidad de Venecia.

Alberto Moravia

Me siento europeo porque me siento italiano. Y porque Italia ha sido Europa durante más de dos mil años.

Alberto Moravia es escritor, diputado del Parlamento Europeo.

José Antonio G. Casanova

Me siento europeo porque mi formación personal se ha nutrido, en todos los campos de la cultura, de la obra material y espiritual de casi todos los países europeos.

Porque aspiro a un proyecto político europeo sin fronteras y abierto a otros ámbitos geográficos, políticos y culturales.

Porque pretendo para España y para todas las nacionalidades y regiones que la integran una integración superior en el mundo del futuro a través de la unidad europea.

José Antonio González Casanova es catedrático de Derecho Constitucional de la universidad de Pamplona.

René Thom

Me gustaría reformular la pregunta en una forma ligeramente distinta: no por qué, sino en qué me siento europeo. No es cuestión de negar la poderosa huella dejada por la estricta cultura nacional, sobre todo porque en el caso de lo francés se trata de una de las más elevadas tradiciones intelectuales que haya conocido la humanidad.

Sin embargo, el extendido contacto con otras tradiciones: la anglosajona, por una parte —y en este punto el Reino Unido y Estados Unidos son difícilmente disociables—, y las otras tradiciones continentales europeas (Alemania, Italia, España...), por otra, me ha enseñado en qué es necesario elevarse a un nivel más alto, susceptible de incluir los aportes de estas otras tradiciones, y esto sin perderse en el eclecticismo de un sincretismo mundialista demasiado difuso como para proporcionar unas reglas de conducta válidas.

Formularé brevemente esta síntesis: en el plano político, una organización libre, en la que las libertades estén garantizadas por el derecho; en el plano intelectual, la voluntad de una búsqueda abierta a todas las novedades, pero, sin embargo, controlada continuamente por la exigencia de una vigilante racionalidad.

René Thom, matemático, es profesor del Instituto de Altos Estudios Científicos de Bures-Sur-Ivette (Francia).

¿POR QUÉ ME SIENTO EUROPEO?

Efim Etkind

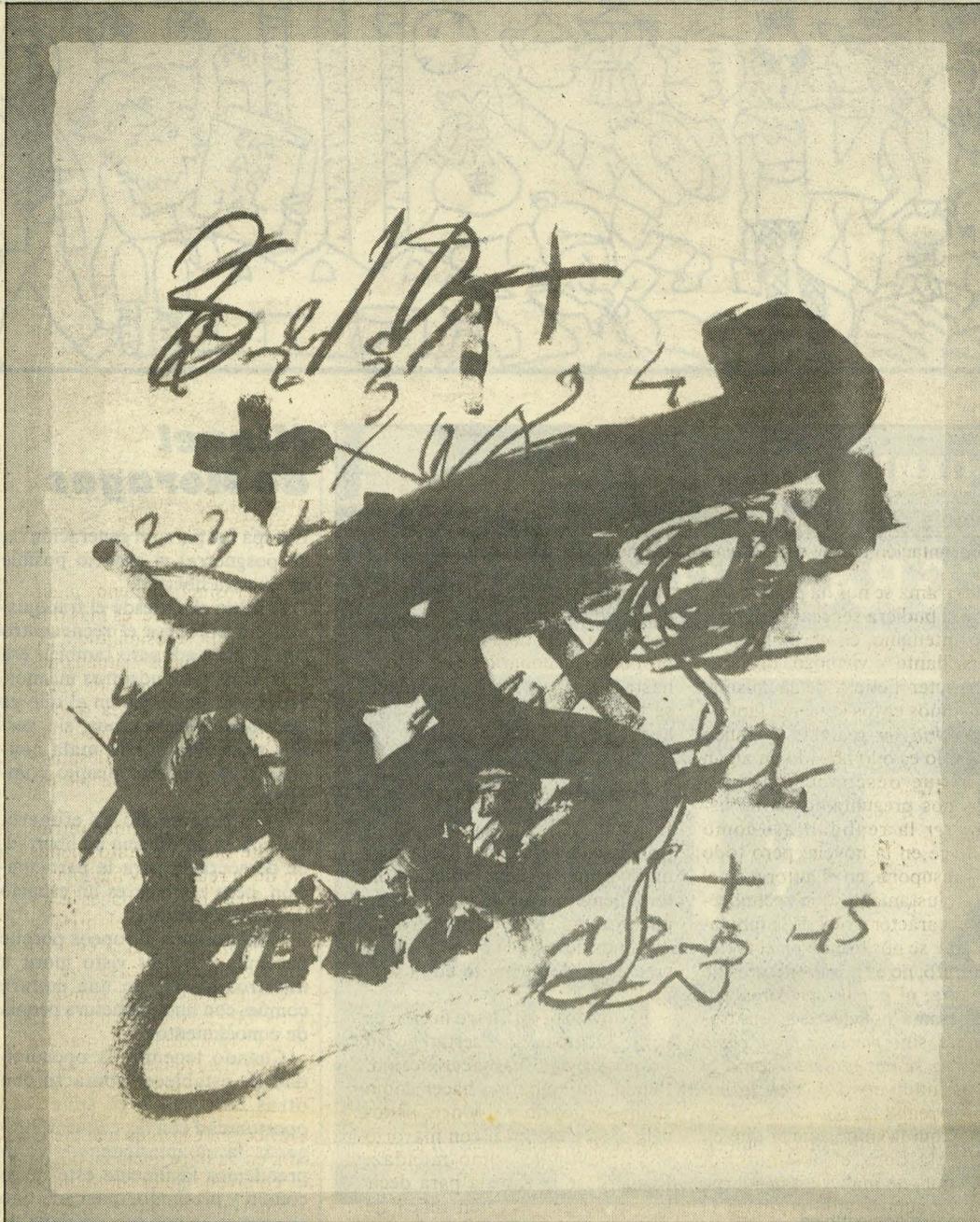
¿Por qué soy un europeo? Ciudadano francés desde 1977, ¿soy francés? Para mis nuevos compatriotas sigo siendo un ruso. Sí, más de un medio siglo de mi vida ha transcurrido en Rusia, pero allí, tanto para las autoridades soviéticas como para los nacionalistas gran-rusos (actualmente muy numerosos) yo era considerado como judío. ¿Soy un judío? Mi mujer es rusa, apenas conozco el yidish ni el hebreo; para las autoridades israelíes soy más bien un extranjero. Ruso para los franceses, francés para los estadounidenses, judío para los rusos, no-judío para los israelíes, cosmopolita para los soviéticos, ¿quién soy yo? Mi lengua materna es el ruso, el poeta de mi infancia es Puskin, el novelista de toda mi vida es Tolstoi, el paisaje de mis recuerdos está cubierto de nieve. Conozco varias lenguas lo suficiente como para leer novelas y dar cursos universitarios; pero sólo en ruso conozco (sin diccionario ni reflexiones) los nombres de los pájaros, de los peces, de las flores y de las enfermedades. ¿Soy, pues, ruso? Sí y no.

Ser ruso supera con mucho los límites de la Rusia geográfica y lingüística. La cultura rusa es inimaginable sin la aportación europea. Aleksandr Puskin escribía sus poesías en versos alejandrinos tomados de los franceses; en octavas, en sonetos, en *terza rima* importados de Italia; en pintámetros yámbicos de los dramaturgos ingleses y alemanes; en versos tónicos procedentes del folclor servio.

Mi villa natal, que es Petersburgo-Leningrado, fue construida por los italianos Domenico Trezzini, Carlo Rissi, Rastrelli y Quarenghi; los franceses Thomas de Thomon, Vallin Delamotte y Monferrand; el alemán Stackenschneider, y, ciertamente, por los rusos Voronikjine y Zajarov. El monumento legendario de Pedro el Grande en San Petersburgo es obra del francés Falconet, lo que no le hace menos ruso. Los parques existentes alrededor de las dos capitales del imperio de los zares eran holandeses, ingleses y franceses. El Kremlin de Moscú, edificado por arquitectos italianos, se repite en las murallas almenadas de Verona. ¿Es posible imaginar la novela occidental sin Tolstoi, Turgenov y Dostoievski; el teatro sin Chajov y Meierhold; la pintura sin Chagall y Soutine, sin Kandinsky y Nicolás de Staël; la música sin Stravinsky y Rajmaninov?

Soy europeo: llevo en mí todos esos recuerdos, y las viejas piedras de Venecia y de París son los cimientos de mi vida. Soy ruso: la lengua de ese pueblo es la mía; sus melodías, lo mismo que las canciones de los judíos, son las de mi infancia; mi universo interior está formado por la amalgama cultural que son la lengua rusa, la ciudad de Petersburgo, la poesía de Puskin y la música de Shostakovitch. Soy europeo porque soy ruso, y nosotros, los rusos, "Amamos todo: el calor de las cifras heladas, / El don de las visiones divinas; / Comprendemos todo: el agudo espíritu de los galos / Y el sombrío genio alemán... / Retenemos todo: el infierno de las calles de París / y la sombra fresca de Venecia, / El lejano olor de los limoneros en flor / Y las torres grises de Colonia" (Aleksandr Blok, *Los escitas*, 1918.)

Efim Etkind es escritor ruso, profesor de la universidad de París.



Dibujo realizado por Antoni Tàpies para el cartel anunciador del congreso *El espacio cultural europeo*, que se inaugura hoy bajo el patrocinio de la Comisión Europea y del Parlamento Europeo.

Fernando Savater

Para quienes tememos a los imperios, desconfiamos de los Estados-naciones y aborrecemos los patrioterismos, quizá el europeísmo sea el único chovinismo que podamos mirar con relativa simpatía, si pertenecemos a su área cultural. Admito que siento la emoción de Europa: siento solidaridad, simpatía y reverencia por este bosque de símbolos, cuya pujanza ha producido tantas cosas sublimes y también atroces. Me enorgullece su pasada grandeza, me conmueve y preocupa su actual fragilidad. Parafraseando al clásico, me atrevo a decir que *nada de lo que es europeo me es ajeno*. Ahora bien, siento a Europa como una inmensa, como una voraz curiosidad por todo lo prodigioso y vario del mundo entero: ser europeo es apostar por la universalidad diversa en la cultura, por la pregunta y por la libertad.

Fernando Savater es filósofo y escritor.

José Cardoso Pires

¿Es Europa una idea nueva?, nos preguntamos siempre que hablamos de ella en relación con la Comunidad.

Sin embargo, hace siglos y siglos que se han venido sucediendo las definiciones del espacio y espíritu europeos, empezando por el imperio romano, que algunos historiadores consideran como el primer esbozo de la imagen de Europa. Sabemos que hombres como Leibnitz y Víctor Hugo se interesaron por el problema, y que después de ellos, mucho después, desde los federalistas utópicos hasta los ideólogos del Consejo de Europa, se han intentado definir los denominadores comunes a los distintos pueblos europeos.

Pero la Europa de ahora, la de 1985, a pesar de su pluralidad y de las divergencias, presenta una configuración unitaria como jamás le había sido posible alcanzar. Si algunos, aquí y ahora, aceptamos que Europa es una idea nueva, se debe a que quien es nueva es la propia Europa, porque en ella ya no cabe ninguna de las dictaduras ni de las formas de colonialismo económico o cultural que la corrompían hace unas cuantas decenas de años.

A pesar de eso, no paso por alto la realidad básica en que se

asienta el concepto de Europa: la universalidad. Es de aquí de donde nacieron nuevos continentes, la ciencia moderna y la vida y el mundo contemporáneos.

Por todo lo dicho, el "sentimiento europeo", en lo que se refiere a la cultura, no se trata de una expresión gratuita ni de xenofobia. Está en el tono de voz con que nos expresamos y en nuestro comportamiento cultural. Es una actitud, con siglos de experiencia, ante lo que es nuevo y universal en el mundo contemporáneo, ese mundo que, a fin de cuentas, nació aquí y sigue expresándose en nuestras lenguas.

En 1814, Beethoven compuso una cantata para el congreso de Viena; tenía el significativo título de *Nació Europa*. Nunca lo olvido.

José Cardoso Pires es escritor y ensayista.

José Luis L. Aranguren

Me siento europeo, ante todo, porque nunca me he sentido plenamente español, en el sentido tradicional de una España que, en vez de abrirse a la concepción moderna de Europa, siglo XVI, intentó vanamente prolongar la concepción medieval de la cristiandad católico-imperial. Fue un grandioso esfuerzo... en sentido contrario al de la historia como acontecimiento y devenir.

Pero hubo otra España, la de los heterodoxos de toda especie (no pienso sólo en los heterodoxos religiosos). Y esa España sí que miró siempre a Europa, quiso abrirse a ella. De esa otra España me considero continuador, y ésta es la segunda razón por la cual me siento europeo.

Pero España está geográficamente e históricamente situada en la periferia de Europa. España tiene que integrarse en Europa, pero por modo heterodoxo.

Por eso, en fin, me siento europeo, pero también europeo, de algún modo, heterodoxo. Es decir, heterogéneo. Europa tendrá que seguir siendo *varia* en su deseable unidad... o no será ya Europa, habría dejado de ser esta unidad tensional que ha de seguir siendo Europa.

José Luis L. Aranguren es catedrático de Ética en la universidad Complutense.

José Mattoso

Me siento europeo porque hay un intento por mi parte de conciliar mi identidad portuguesa con el interés por los movimientos políticos, económicos y culturales de otros países llamados *civilizados*, especialmente los europeos. Aunque también estoy interesado en diversos aspectos de otras culturas que me parecen indispensables para hacer al hombre más humano, y también, a título personal, por la sensibilidad espiritual y contemplativa de Oriente y por el sentido comunitario y las formas de comunicación propias del continente africano. Me siento como el producto de una tradición cultural que presta especial atención al individuo y a su realización, cosa que no creo se encuentre tan fácilmente en otras culturas distintas de la europea. Es, claro está, con esta tradición y esta forma de ver la realidad con lo que puedo entablar mejor el diálogo. Es lo que puedo estudiar y comprender mejor en sus manifestaciones históricas.

Por ese motivo tengo una opinión muy crítica acerca de la escala de valores que, en la práctica, rige la organización de la vida y la sociedad en Occidente. Considero que esa escala de valores y esa práctica son el origen de algunos de los males más graves que afligen a la humanidad. El sentido de la responsabilidad que me comunica la cultura europea me obliga, si quiero ser coherente, a realizar un esfuerzo especial para eliminar de mi vida cotidiana esa escala de valores y, de forma especial, la tendencia sistemática de apropiarse, personal y colectivamente, del poder cultural, político, técnico y económico. Si para ser europeo es indispensable asumir esa escala de valores, casi prefiero no ser hombre.

José Mattoso es profesor de Historia en la universidad Nueva de Lisboa.